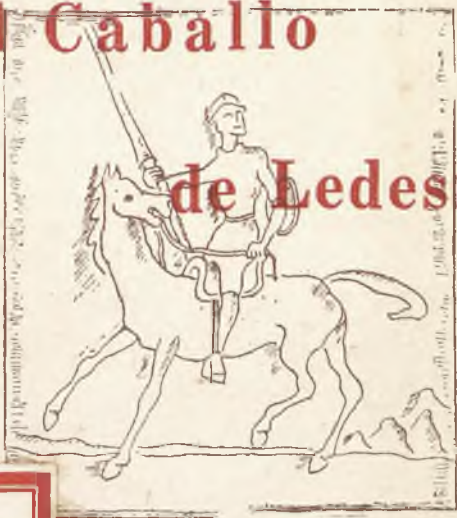




Mario Briceño-Iragorry

El Caballo

de Ledesma



CAX 4257

V. 3365

EL CABALLO DE LEDESMA

DEL AUTOR

- HORAS.—(Ensayos literarios).—Tipografía Mercantil. Caracas. 1921.
- VENTANAS EN LA NOCHE.—(Ensayos literarios).—Editorial Sur América. Caracas. 1925.
- LECTURAS VENEZOLANAS.—1ª Edición: 1926 2ª Edición: 1930. Editorial Sur América. 3ª Edición: 1941. Tipografía Garrido. Caracas.
- ORNAMENTOS FUNEBRES DE LOS ABORIGENES DEL OCCIDENTE DE VENEZUELA.—(Contribución al estudio de la Arqueología Precolombina de Venezuela).—Tipografía Vargas. Caracas. 1928.
- HISTORIA DE LA FUNDACION DE LA CIUDAD DE TRUJILLO.—Tipografía Vargas. Caracas. 1928.
- LA FUNDACION DE MARACAIBO.—Lit. y Tip. Mercantil. Caracas. 1929.
- LOS FUNDADORES DE TRUJILLO.—(Discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia).—Edit. Sur América. Caracas. 1930.
- FRANCISCANISMO Y PSEUDO-FRANCISCANISMO.—(Discurso de incorporación a la Academia Venezolana).—Parra León Editores. Caracas. 1932.
- A PROPOSITO DE LA LEY DE PATRONATO ECLESIASTICO.—(Contribución al estudio jurídico-histórico de la materia).—Edit. Sur América. Caracas. 1934.
- TAPICES DE HISTORIA PATRIA.—(Esquema de una morfología de la cultura colonial).—1ª Edición: Edit. Sur América. 1934. 2ª Edición: Tipografía Garrido 1941. Caracas.
- TRAYECTORIA Y TRANSITO DE CARACIOLO PARRA.—Imp. Lehmann. San José de Costa Rica. 1940.
- TEMAS INCONCLUSOS.—(Ensayos).—Tipografía Garrido. 1942. Caracas.
- PASION Y TRIUNFO DE DOS GRANDES LIBROS.—Tip. Americana. 1942. Caracas.

PARA PUBLICAR:

- PAPELES DE RAFAEL URDANETA EL JOVEN.
- ESTUDIO COMPARATIVO DE LAS LENGUAS INDIGENAS DE TRUJILLO Y MERIDA.
- NUEVA CONTRIBUCION AL ESTUDIO DE LA ARQUEOLOGIA PRECOLOMBINA DEL OCCIDENTE DE VENEZUELA.
- PALABRAS AL VIENTO. (Ensayos).
- CASA-LEON Y SU TIEMPO. (Ensayo biográfico).

Impreso en Venezuela.
Printed in Venezuela.

CAK4257

Mario Briceño-Iragorry

V864.44

B849C

1942

EL CABALLO

DE LEDESMA



Editorial Elite - Caracas - 1942

CONTENIDO:

	Pág.
Pórtico	11
El Jinete Solitario	19
La Prudencia Culpable	29
La Deuda de las Generaciones	45
La Vida de los Héroeas	59
La Crisis de la Caridad	73
El Retorno de Bolívar	87

a PEDRO-EMILIO COLL.

M. B. I.

¡Oh, tú, sabio encantador!, quien quiera que seas, a quien ha de tocar el ser coronista deste peregrina historia, ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras.

(DON QUIJOTE, a su primera salida).—————

PORTICO

¡BAMOS hacia el alba acendrando en la soledad la palabra nítida, la verdad alegre como el sol, cuando vino en letras amigas el recuerdo de Alonso Andrea de Ledesma sobre el rocinante sufrido, para afirmar la fe en la imprudencia bizarra, en esa que va sin cálculos, sin pensamiento en ópimos réditos, a apedrear el silencio, a rasgarlo, aun cuando tenga de luchar con los vacíos que, como los de aire, causan descensos al pájaro de plata viajero en ta distancia azul.

Silencio: prudencia prebendada golosa de ventajas, taimada conveniencia o tímida actitud. Que no siempre ha de ser oro y más bien va por oros, y tampoco, en veces, es buen callar. Han desaparecido silencios pero aún quedan islas, residuos cómplices, archipiélagos sombríos que escatiman la verdad y estable-

cen como norma el subterfugio, cuando el buen pueblo anda en busca de la clara —dolorosa o alegre— pero siempre clara verdad propicia a la afirmación de viril pensamiento, de acción soleada, temida sólo por pusilánimes o por los acólitos del provento y de la mediocridad envanecida.

Y cae sobre el catador de verdades, sobre la palabra veraz, la furia recóndita del animador de farsas, el calificativo que, impotente para destruirlas, busca amenguarlas: cosas... tontorías... idealismos... Olvidan los que lanzan el epíteto temeroso y artero, que esos idealismos, esos lirismos —como despectivamente los llaman los pseudo-pragmáticos, los que opinan que lo práctico es sólo lo que ofrece ventaja personal— son realidades próximas, verdades que van a desnudarse, invisibles para la ceguera de quienes por torpeza o por disimulo cómplice, se empeñan en hacer coro a la conveniencia de los dispensadores que han de regalar fruto a su propia conveniencia. Y crecen las masas corales de la conveniencia ventajista.

Palabras de medios tonos reveladoras de pensamientos informes, sonrisas de disimulo,

voces que sólo llenan apariencias, son señales de miedos inconfesables, y hay que batirlas con las palabras completas, densas de realidad trascendente, rudas si fuere preciso, y con la risa de las sinceridades sonoras que no temen los silencios perplejos, que no medran entre indecisiones con vagas actitudes de halago y complacencia en venta. No siempre al buen callar ha de llamarse a Sancho, ni tampoco ha de señalarse a toda hora como quijetada, con burla despectiva, el hablar de convicción firme y saneada que no tiembla ante las desventajas.

No sé bien cómo anda esto de la ética —y hasta de la estética— en el mercado de valores. No sé tampoco hasta dónde puedan actuar —sin colisiones— las éticas profesionales orinegras y la cívica ética que batalla al sol de propósitos sin soborno y sin doblez.

Hay, sin duda, mi querido Mario Briceño-Iragorri, crisis de conciencias. La responsabilidad se acuclilla y se trueca por el éxito de los buhoneros, que ya subraya dolosamente esta crisis en los tiempos que vamos viviendo. Tiempos admirables por otra parte, para crear

en la humanidad una nueva fe en la fuerza del espíritu, en el valor de la rebeldía espiritual —dignidad permanente— que no ha de confundirse con la vocinglería interesada cuando pretende ejercer función democrática.

Y esa crisis de conciencias ha de domeñarse con palabra forzada, neta —estética expresión de ética— porque es cobardía envolverse en temores usureros en estos días dolorosos, cuando la humanidad va acostumbrándose valientemente al sacrificio, cuando se está peleando el libre tránsito por los caminos del futuro. Y eso no se logrará con la semi-cultura de sensiblerías y de apariencias, de concomitancias de parroquia o de tribu, tan grata a ciertas vanidades, porque no es cultura la mentira —o para decirlo con cortesía inglesa— la economía de la verdad. Y es sobre ésta, plena, lúcida, brillante de desnudo valor y de imprudencia bizarra, donde se podrá elevar la cultura, la única, la que no da acceso a la mentira, ni al disimulo, ni a la adulteración —ángulos de servilismo— y va contra los mascarones de la feria a darse generosa por la elevación de la jerarquía vital de nuestros pueblos.

Todo esto íbamos pensando por el camino del alba, hacia el nuevo amanecer, salmodiando en la soledad la palabra que queríamos pronunciar con neta conciencia, con tozuda fuerza generosa, cuando llegaron las letras amigas, expresiones de pensamientos paralelos, a fortalecernos en el combate de la palabra nítida, endurecida, verídica —luminosa como un mármol al sol— contra los vacíos de silencios cómplices, nutritivos sólo para los barateros que compran o venden la entrada para la farsa infecunda.

JOSÉ NUCETE - SARDI.

EL JINETE SOLITARIO

“...SÓLO Alonso Andrea de Ledesma, aunque de edad crecida, teniendo a menoscabo de su reputación el volver la espalda al enemigo sin hacer demostración de su valor, aconsejado, más de la temeridad, que del esfuerzo, montó a caballo, y con su lanza, y adarga salió a encontrar al corsario, que marchando con las vanderas tendidas, iba avanzando la ciudad, y aunque aficionado el Draque a la bizarría de aquella acción tan honrosa dió orden expreso a sus soldados para que no lo matasen, sin embargo ellos, al ver que haciendo piernas al caballo procuraba con repetidos golpes de la lanza acreditar a costa de su vida, el aliento que le metió en el empeño, le dispararon algunos arcabuces, de que cayó luego muerto, con lástima, y sentimiento aún de los mismos corsarios”. Así, en su procero estilo, describe Oviedo y Baños la muerte so-

litaria y heroica de aquel Ledesma insigne, quien se irguió por ejemplo de defensores de la Patria cuando, en las postrimerías del Siglo XVI, Amias Preston, con sus huestes corsarias, entraba a la ciudad para arrasarla sin piedad.

Enjuto, en su añosa contextura que resistió el bravo batallar de la conquista, el indomable hidalgo no miró a la muerte sino a la dignidad de su persona y volando la pierna, en un último esfuerzo de hombredad, al viejo caballo de quien se acompañó en los agrios trajines de las fundaciones, salió, como nuevo cruzado, a enseñar una lección de ámbito perdurable. Ambos a dos habían deambulado por las soleadas llanuras de la Mancha. El era de la poco numerosa, pero sí indestructible, familia de Alonso Quijano. Con las aguas del bautizo había reafirmado el parentesco espiritual con tamaño padrino. El caballo venía de la raza de Rocinante, con seguro entronque en el linaje de Pegaso. Para tal hombre tal cabalgadura. El héroe dignifica la bestia hasta hacer

con ella la unidad simbólica del centauro. No se puede pensar en el sacrificio de este iluminado, sin que aparezca el recuerdo del sarmientoso corcel, de andar pausero, que apenas pudiera aguantar el peso de las armas con que iba ataviado el viejo extremeño a quien no rendían la copia de años que nevaban su cabeza y su barba caballerosa.

Si Ledesma cimentó larga estirpe en cuyas ramas figura nada menos que el egregio Triunviro Cristóbal Mendoza, su caballo dejó prole que, saltando sobre los ventisqueros de América, supo ganar la ancha punta de nuestras perpetuas armas republicanas. Fué el caballo simbólico de la temeridad homérica, hecho a soportar no a hombres "guapos y audaces", sino a hombres valientes y de carácter; no a hombres con sogas para la cacería de sus semejantes, sino a espíritus dispuestos al permanente sacrificio por la libertad.

Viejo caballo que en la mañana de nuestra vida ha servido para nuestros juegos infantiles: manso y noble con las damas, sumiso co-

mo galgo cuando siente la carga leve de una inocente criaturilla. En nuestras casas está, rumiando en silencio el pienso siempre fresco del ideal, sin relinchos que delaten su presencia, pero presto a resistir, en una resurrección milagrosa, el peso de jinetes que hayan lavado el ánimo para la muerte. Sobre su lomo no se asientan caballeros de mohatra. ¡Para éstos están los vientres de los caballos troyanos!

Y el viejo corcel de Ledesma reaparece hoy sobre la faz de nuestra historia con su ímpetu de mantenido frescor. Los nuevos filibusteros —ladrones de espacio y de conciencias— andan entre las aguas de la Patria, amenazando nuestra economía y ultrajando la dignidad de nuestros colores. Como en los viejos tiempos de la piratería colonial, su anuncio ha asustado aún a los “guapos” y en muchas manos ha corrido ya el frío sudor del rendimiento. La fe ha empezado a flaquear en el ánimo de quienes sólo tienen premura para el hartazgo y más de un agazapado, más de uno de esos

traidores vergonzantes, suerte de Esfialtes de bajo precio en perenne trance de entregar los senderos de la Patria, se han dado a la infamante tarea de esparcir, como salvoconducto para el enemigo, las consignas del miedo pacífico y entreguista.

Bajo los mares, protegidos por la ola páfida, con que doblan el mérito de la traición, andan los nuevos filibusteros. Vienen a destruir nuestra quietud doméstica y a detener el impulso de nuestras fuentes de producción. Realizan, más que una tentativa de invasión bélica, una manera de atemorizar a las masas de convicción quebradiza. Por medio de esta nueva táctica de doblegar antes de la lucha las resistencias morales de los pueblos, pretenden sembrar el pánico y crear una conciencia paralítica, capaz de olvidar la propia esencia pseudo-filosófica de las doctrinas que forman el evangelio de los bárbaros. ¡Bárbaros de doble responsabilidad por la cultura que pudiera representar su raza de genios!...

“No tenemos armas suficientes y nuestras costas desguarnecidas harán fácil la penetración del enemigo. Nuestra actitud ha de ser la quietud indiferente de quien sólo es campo de experimentación de opuestos imperialismos”, pregonan los que sirven a los planes del pretense invasor. Por ahí andan enredados los traidorzuelos que miran sólo a complacer a los alquiladores de conciencias. Es necesario mirar más allá del valor de las cosas. Es necesario discernir entre la explotación de la riqueza material y la asfixia del espíritu. Es necesario pensar en la paz no como técnica de quietud sino como sistema de holgura moral. Paz ¿y se niega el derecho a la libertad y el derecho a pedir justicia? ¿Paz bajo los símbolos de Hitler y de Himmler? ¿Y qué paz? . . .

Para los que flaquean, para quienes dudan del triunfo final de la justicia, para aquéllos que parecen anunciados de la muerte de Dios, está la lección de los hombres antiguos. ¡No vendrán los bárbaros! ¡Jamás pisarán el suelo de la Patria si no es para buscar en ella el

sosiego después de la derrota! Mas, si llegaren, ahí está el viejo caballo de Ledesma. Sobre su lomo no es segura la derrota del invasor. Está cansado y apenas puede soportar el peso del temerario jinete. Pero él, pesia la ceguera de que ha sido tomada la pupila vigilante, tiene baquía de los caminos que conducen con éxito a la dignidad de la muerte. ¡Vivir libre o vivir muerto! Porque es vida la muerte cuando se la encuentra en el camino del deber, mientras es muerte la vida cuando, para proseguir sobre la faz semi-histórica de los pueblos esclavizados, se ha renunciado el derecho a la integridad personal.

Con el recuerdo del tardo caballo liberador de nuestro glorioso iluminado, armados como de eficaz medalla que nos libre del peligro del miedo entreguista, dejemos a la eficacia del Gobierno los problemas de nuestra política de fuera y volvamos nuestro rostro y nuestra voluntad a los problemas de lo interior. Miremos hacia la tierra ancha y desolada, de donde nos puede llegar, si lo buscamos, el recado de

boca que conjure la amenaza cierta del hambre por venir. Probemos, como los viejos griegos, que hay en realidad una sinonimia moral entre el oficio de agricultor y el arte de la ciudadanía. Junto al aprontamiento de voluntades para engrosar los cuerpos armados que reclame la defensa de la Patria, alistemos un otro ejército, donde tienen sitio hasta los lisiados, para luchar contra la tierra bravía y reseca, clamorosa de riego de humano sudor para vestirse de opulentas cosechas. ¡Y que haya en ella también, junto a los huertos preñados de verdura, verde la yerba para el terco caballo de la final liberación! . . .

LA PRUDENCIA CULPABLE

*M*l buena y generosa amiga: Hubiera preferido oír de sus propios labios las palabras escritas, como usted dice, a las volandas antes de tomar el camino del Interior. Pero se las agradezco muy mucho, así me haya dicho, acaso en medio de una de esas inequívocas sonrisas que tanto lucen en sus labios, que hago el idealista y el soñador al proponer el viejo caballo de Ledesma como símbolo de trabajo en este momento de "acción". De "bachiller en nubes" me calificó en cierta oportunidad un mi compañero que se creía autorizado a burlarse de mis espejismos por la simple y sólida razón de haber él logrado poner su nombre a una fortuna que le amaneció sin trabajo a la puerta de la casa.

Bachiller o doctor en nubes es título que no me desagrada, ni menos el hacer, como usted

dice, el idealista en esta hora de inquietud y de zozobra. Sin embargo, el símbolo de Alonso Andrea de Ledesma es de un profundo realismo y de un alcance por demás moralizador en el plano de los hechos. Ledesma es la imagen del hombre que no teme quedar íngrimo para seguir pensando consigo mismo. Del hombre que no vuelve a mirar a su lado en busca de vecinos en quienes afincar la fe de sus conceptos. Es un símbolo muy de cultivarse entre nosotros, donde el mostrenco individualismo sólo ha tenido una función disolvente de dividir y de destruir, mientras las conciencias, acuciadas del lucro y en un afán de llegar al momento de las albricias, se suman en forma de rebaño y sin acuerdo cooperativo tras las consignas que aparecen más cercanas a los gruesos réditos.

La actitud de quien no tema la soledad, o la busque llegado el caso, no desdice, de otra parte, del sentido de cooperación que se requiere para toda obra social. Se sirve al bien común aún por medio de actitudes que en

un momento de desgravitación de la conciencia colectiva pudieran tomarse como contrarias al bienestar de la comunidad. Recuerde usted, mi buena amiga, el drama desesperante de que Ibsen se valió para contradecir los ataques que una sorda moral de algodones hizo a "Casa de Muñecas" y "Los Espectros". El sufrido médico a quien se califica de "enemigo del pueblo" por declarar el veneno de las aguas, es símbolo de la valía de un hombre que no busca opiniones aledañas para afianzar su línea concencial, así esa posición solitaria lo convierta en blanco de la baldía asechanza.

No tema usted por mí ni por mi nombre cuando oiga que me llaman idealista y constructor de torres de humo. No imagina cuánto las amo y cómo me defiendo en ellas del peligro de las drogas que los buenos facultativos del sentido práctico propinan para la cura cabal de tamaña dolencia. Es esa enfermedad de las que tienen su razón y su contra en sí mismas. Es mal tan de desearse como las

bacterias que, enfermando los jugos de la vid, los adoban para el mosto que en las viejas cubas se tornará en capitosos néctares.

No intento hacerme ante usted una apología que justifique mi manera de pensar, pero de esas historias a las cuales su indulgencia quiere que me prevenga, tengo más de un cuento. Sí, mi buena amiga. Más de mil y una vez he oído que se me moteja de excesivo idealismo y de una lerda afición a decir verdades que otros, teniéndolas por bien sabidas, las silencian en obsequio a la prudencia. Al buen callar llaman a Sancho. Sí, bien lo sé, pero siempre he creído en la eficacia de la palabra evangélica que aconseja no poner la candela debajo del celemín. ¿Y una verdad callada no se le hace igual a una luz escondida? La verdad es para decirla a los cuatro vientos, así vaya a estrujar malos planes de quienes, sin escrúpulos, madrugaron al éxito de las cosas transitorias. Con usted misma cuántas veces he hablado de la necesidad en que estamos de poner fin a la larga conspiración de pru-

dencia que desde todos los confines amenaza nuestro progreso social. Mire usted cómo buscamos de engañarnos mutuamente con palabras dichas entre dientes, en la recatada penumbra de los rincones. Y las medias palabras sólo sirven para expresar pensamientos sin forma ni sentido, pensamientos falsos, máscaras de verdades que quedan en el fondo del espíritu avinagrando los ánimos sociales. ¡Qué hubiera sido de nuestra Patria con un Bolívar prudente, con un Salias dedicado a disimular las palabras! ¡Si hubo independencia y libertad fué por obra de hombres a quienes desde los ángulos del cálculo y de la parsimonia, se motejó de cabezas huecas y de lenguas sin gobierno!

Piense usted en nuestro chiste cotidiano, aparente expresión de anchura y buen humor, y verá que es apenas la burbuja reventona de los vinagres ocultos y malignos. Somos, por lo contrario, un pueblo triste que no sabe reír. Un pueblo intoxicado por el disimulo y la negación. Tememos la verdad con un horror

semejante al de los niños ingleses que vieron los primeros aviones alemanes destruyendo sus hogares limpios e inocentes.

Quizá ese hábito del disimulo y esa terca tendencia a miserear la verdad sean la causa más fácil del temor a pensar solos que asusta a muchos, es decir, del temor a asumir una posición que no tenga en un momento dado el respaldo de quienes reparten las bulas del éxito. Por ello yo invoco el símbolo eterno de Alonso Andrea de Ledesma como expresión de una actitud heroica que es necesario asumir en esta hora de crisis de las conciencias. La fe hasta la desesperación pánica. La fe hasta la soledad absoluta. La fe en la fuerza que aun vive bajo tierra sin apuntar siquiera en la yerba promisoro. La fe que destruya, para el acto salvador, todo el sombrío cortejo de dudas a que nos han acostumbrado nuestros hábitos sociales de vivir a la defensiva, con la conciencia encuevada, puesta en alto una sospecha a manera de antena que recoja y filtre las vibraciones del mundo exterior.

Necesitamos una cruzada contra el silencio. Se ha alabado, y con justicia, la virtud profunda de la meditación. El tesoro de los sabios que callan. Hombres silenciosos fueron Ruysbroco, San Juan de la Cruz, San Pedro de Alcántara, Novalis y Emerson. A las moradas interiores no se llega, es cierto, sino al través de senderos alfombrados de palabras sin abrirse. Sí, mi grata amiga. Pero se trata en este caso de un silencio activo, lleno de imágenes que no hacen ruido, de un silencio alargado por la gravidez que le transmiten las ideas forcejeantes en las palabras intactas. Silencio de silencios, oro que vale sobre la plata de las frases sonoras. "Mar incoloro del silencio", lo llama Mæterlinck, sobre cuyas ondas flotan, a manera de témpanos, las palabras cargadas de consignas eternas. El nuestro, en cambio, es un callar calculado más que un silencio confundible con la actitud esperanzada de quienes meditan para mejor obrar. Es un silencio de disimulo, un silencio cómplice de la peor de las indiferencias. Se puede callar

por prudencia en un momento de desarmonía social, cuando la palabra adquiere virtud de temeridad. Mas, cuando existe el deber de hablar, cuando el orden político no tiene para la expresión del pensamiento la amenaza de las catástrofes aniquiladoras, es más que delito ese empeño de achicar las palabras, ese propósito malévolo de destruirles su sustancia expresiva. No tendrán República los ciudadanos que ejercitan las palabras fingidas. Ella quiere voces redondas. Ella pide un hablar cortado y diestro, que huya el disimulo propio de las épocas de peligro, cuando la voz de los amos acalla las voces de las personas que los sufren.

Ese impulso solitario a la verdad y al cumplimiento del deber yo lo he visto expresado en el mito de Andrea de Ledesma. Bien conozco las razones que usted encuentra para que él sea desfigurado y a mí se me tome por admirador de fatuos. Se pensará que hago mal en presentar como ejemplo en esta hora crucial de nuestro destino cívico la memoria del anciano sin miedo que salió en las postris-

merías del Siglo XVI a batir, solo con su lanza y sobre el ruinoso caballo de las olvidadas conquistas, al invasor que se acercaba a la solitaria capital; mejor haría en pedir que se imitara el talento de aquéllos que, no desdeñando lucrar con el hambre del pueblo y con el frío de los niños sin abrigo y con la angustia de las viudas miserables, amasan fortunas que les permitirán holgar en medio del hambre y la escasez que amenaza a nuestra Patria. Así lo piensan acaso muchos que, por irrefleiva indiferencia, se hacen cómplices de los especuladores y traficantes. Pero usted no piensa de igual modo. Usted sabe que a la hora del sacrificio hay necesidad de romper muchas cosas. Y nosotros debemos desbaratar, para una vendimia de verdad, las empalizadas de silencio construidas con intención permanente por quienes se empeñan en revivir la carátula de la comedia antigua.

Y mire usted, vienen ellos de atrás y en triunfo con los colores de su farsa. Estuvieron presentes al alba de la República. Y el mis-

mo Bolívar, llevado de su magnífica generosidad y de su gratitud sin distingos, los alabó y los absolvió en la persona ondulante del Marqués de Casa-León. Desde entonces persiguen las penumbras y las puertas entornadas. Y nada menos que José Domingo Díaz fué quien los vió el 5 de julio de 1811, "ocultos en sus casas, osando apenas mirar desde sus ventanas entreabiertas, a los pelotones de hombres de la revolución, que corrían a las plazas" para escuchar la palabra encendida de los animadores de la República, a cuya cabeza se hallaba, estrenando la maravilla de su verbo, el futuro Libertador de América. Doctores del disimulo, con un pie en todas las causas, prestos siempre a pactar con quienes garanticen mayores oportunidades a sus ansias de permanencia en el disfrute de los réditos, antes se han hecho sordos a todo patriotismo que pensar en la verdad y la justicia. Vestidos de mil maneras de arreos, han jugado a todos los personalismos, con la muelle voluptuosidad de permanencia con que los viejos gatos de la ca-

sa miran ausentarse en cada turno a los dueños transitorios entre cuyas piernas se enarcaron adulones. No van a la verdad, que condenan como irrespetuosa al orden social, por cuanto saben que su contacto tendría la virtud diabólica de repetir la historia del Cojuelo: se levantarían muchas cosas y se verían otras más.

En cambio, nuestra misión presente, nuestra obra de balance moral con el destino es promover un viraje en ese tipo de navegación. Que hasta el último pasajero ayude a templar las jarcias para mejor resistir el empuje de los aires en la plena mar y, con rumbo valiente, no temer el momento de navegar a orza, con el rostro fatigado por las asperezas de los vientos contrarios, que curten, con la piel, el ánimo de los navegantes.

Y sin querer he hecho una epístola que pareciera dirigida a convencer a usted de una actitud diversa, cuando bien sé que sus palabras revelan apenas una femenina prudencia y miran, sobre la realidad de las razones, a com-

placer sentimientos muy justos. Sé que usted participa conmigo el mismo pensamiento, así se deje llevar de la ligera opinión de otros amigos. En el presente caso no debió faltar quien comentara con usted lo impropio de invocar el recuerdo del viejo Ledesma en momentos de angustia nacional. Lirismos, manía de hacer historias, despropósitos de iluso, son palabras que han debido sonar en sus oídos antes de escribirme. Son tantos los que menosprecian las torres de humo, porque nada valen ante los sótanos dorados, sin advertir que sólo por medio de una profunda saturación de idealidad podrá llegarse a una efectiva transformación de nuestro pesado ambiente social. Nada de paradoja. A nuestra realidad la hace intransformable el mezquino practicismo de una densa mayoría que huye esas torres de humo. La sal que anime los ánimos para estas jornadas de energía es sal de idealismos. Porque nos falta fe, alegría, esperanza, desinterés, espíritu de verdad y de sacrificio social. Todas virtudes. Cualidades que no se adque-

ren por medio de cálculos aritméticos. Situaciones que se avienen más con el idealista que con el hombre práctico y calculador, incapaz de renunciar a nada. Tenemos oro, mas carecemos de virtudes públicas. Con dinero los hombres podrán hacer un camino pero no una aurora. Y estamos urgidos de amanecer. Necesitamos un alba nueva. Un alba que alumbré las fatigas de quienes han llorado a lo largo de la noche sin piedad.

¡Y cómo holgará usted con esos anchos amaneceres llaneros! Imaginará que ya apunta el nuevo día que todos esperamos. Goce usted, pues, con toda su exquisita sensibilidad esa grata temporada de vacaciones. No sabe cuánto anhelo la dicha de poder extasiarme ante horizontes que se pierden y se juntan con el cielo, mientras

*“en el aire, en la luz, en cuanto vive
amor su aliento exhala”*

Pido para usted todo género de complacencias y mándeme para servirla con el rendimiento que merece la altitud de su espíritu.

M. B. I.

LA DEUDA DE LAS
GENERACIONES

*M*ⁱ querido José Nucete-Sardi: Cree que muy de veras he holgado con la glosa entusiasta que hiciste a mi carta acerca del símbolo eterno de Alonso Andrea de Ledesma. No extrañé tu premura en salir a la jineta tras los pasos del anciano cansado que supo, pesia sus grandes años, erigirse por modelo de caballería para quienes confían en la utilidad de los sacrificios sin vecino provecho. Cervantes, de haber logrado el "salvoconducto" que creyó halladizo en nuestra América bárbara del Siglo XVI, hubiera podido escuchar de labios de este Alonso nuestro aventuras y ocurrencias del Manchego que no las conociera el propio Maese Nicolás. Porque nuestro Quijote, como el otro, arranca de la misma cepa, es sarmiento de la misma vid fecunda que trae las raíces bien henchidas

de la vieja espiritualidad castellana y que toma reciedumbre en la clarísima prosapia de quienes desde los tiempos antiguos han preferido la muerte a una vida de ignominia. En nuestra montaña virgen cuántas veces hemos tropezado con ese milagro biológico de orquídeas adheridas a la dura roca y que, a pesar de ser sólo alimentadas del húmedo aire selvático, revientan en flores de sin par hermosura. Aire sólo piden, como tales plantas, estos hombres enjutos y audaces, aire, y aire puro, que ventile la conciencia y traiga hasta ella el aliento heroico de la libertad. Viven del aire como vivió San Pedro de Alcántara, hasta no parecer de puro flaco, según la plástica expresión teresiana, “sino hecho de raíces de árboles”. Poco necesitan para el cuerpo: el espíritu les crece, en cambio, con el alimento que bajan de arriba, de las nubes, donde el vulgo los mira en permanente trance de ilusos. No trabajan para engordar según el siglo sino para lucrar señorío sobre sí mismos. ¡Y ya tienen dominado el mundo! Figuras simbóli-

cas, mitos magníficos que los pueblos necesitan mirar con frecuencia para volver a la reflexión de lo heroico.

En pocos momentos de nuestra vida, mi querido Nucete-Sardi, hemos estado, como en esta hora angustiada de nuestro presente, tan urgidos de los ejemplos tónicos. Sólo un acto de desvergonzada sinceridad puede mejorar las rutas de nuestro destino social. Necesitamos clamorosamente volar la pierna al viejo caballo de Ledesma y ganar los caminos de la verdad. Los hombres han hecho a caballo nuestra historia, como si el binomio hombre + animal fuera mejor para guiar las conciencias que el mero filósofo caminante a ras de tierra. Pero muchos se han encaramado sobre las bestias sólo para dominar con mayor facilidad a los hombres de a pie y no para llegar más presto al momento de la creación. Nuestro héroe pensó de otro modo: su caballo concreta un ideal solitario y fecundo. Su caballo representa, junto al símbolo municipal de la defensa del pueblo, el símbolo ancho y perenne del hombre

que se sacrifica por el honor, por la justicia y por la verdad, el símbolo sin patria, porque vive en la permanencia de todas las patrias, de aquella intención que, lejos de afincar su poder en la unanimidad de los aplausos y en la plenitud de los réditos de ahora, se reserva para vendimiar frutos seruendos, mas de eficacia perdurable, en los tiempos que vendrán.

Andrea de Ledesma al no huír la muerte, salvó con ella el honor de la ciudad y edificó para el futuro un ejemplo de altiva vigilancia. Los otros huyeron. Eran los prudentes. Los hombres de la palabra calculada y de los gestos discretos. Los hombres que supieron en sus seguras casas rurales la nueva del saqueo y del incendio del poblado. Por largas generaciones estos hombres asustados han venido diciendo su palabra inoperante al anunciarse para la Patria el peligro de la tormenta. Han sido descendientes espirituales de estos tímidos y prevenidos pobladores quienes en todo momento han puesto su guijarro decisivo en la votación para resolver la suerte de la Patria.

Y sus palabras, pesadas como piedras de molino, han hecho intransitables los caminos que conducen a la hora de los amaneceres.

A nosotros nos corresponde remover piedras y estorbos, y contra los vocablos megalíticos hemos de lanzar agudas y cortantes voces que los horaden y destruyan. Nuestra generación tiene una deuda que saldar con el futuro. Detrás de nosotros vienen jóvenes que esperan nuestra voz curtida de experiencia. Sí, debemos decirles a los cuatro vientos y desde todas las cimas: ¡Sed mejores que nosotros, y si aspiráis sinceramente a servir a la Patria, no os conforméis con imitar nuestra insuficiencia! Porque nuestra tragedia reside en haber llegado sin llegar. En ocupar sitios que reclamaban mayor aporte de cultura y de responsabilidad. Hemos aprovechado, unos más que otros y sin dolo de nuestra parte, las rutas hacederas en un país sin jerarquías y sin sentido responsable. Somos, debemos gritarlo para que lo aprovechen los jóvenes que nos siguen, figuras postizas que

fácilmente se deshacen a los fuertes rayos de la crítica. Es la tragedia de una, de dos, de tres generaciones sin gravedad. Es la farsa de un pueblo a quien se enseñó a calcular como de curso las monedas de chocolate. Nuestro deber con el futuro, nuestra obligación con los hombres que han de sustituirnos en los planos representativos de mañana, es enseñarles nuestros defectos, es mostrarles nuestra pobreza, nuestra falla, nuestro propio dolor torturante. Así ellos podrán mejorarse y superarnos. Así aprenderán, por nuestra experiencia sin remedio, a llenar los vacíos que nosotros no pudimos salvar.

Nuestra generación debe saldar esa deuda que viene de atrás. Debe liquidar la herencia que recibimos sin beneficio de inventario. Acaso así gocemos mañana la satisfacción de sentirnos sin compromisos. Podríamos hasta conquistar una nueva alegría. Dejaríamos de ser hombres en constante trance de asechanza. Porque ese es y ha sido nuestro mejor ejercicio social: cuidarnos de los otros para no dejar al

descubierto nuestra flaqueza, y, claro, embes-
tirles de primero. Nuestra táctica social, por
esta desviación de actitudes, no ha consistido en
buscar, para hacerlas útiles, las virtudes de los
otros: por lo contrario, hemos indagado los
defectos de los demás a fin de ver la mejor
manera de aprovecharlos en beneficio propio.
Toda una técnica de política florentina, a que
nos ha conducido nuestra pobreza de forma-
ción y nuestra carencia de sentido colectivo de
responsabilidad.

Sobre el caballo de Ledesma, o a la zaga
de él y a la jineta, bien dobladas las rodillas,
sobre rocín de dura barba, podemos gritar
nuestra verdad, podemos vocear la verdad de
una, de dos, de tres generaciones de formación
exigua, a quien tocara el angustioso destino de
no haber tenido mejores guías. Es el momen-
to de echar por la borda este lastre que difi-
culto la marcha de nuestra nave. Ante la im-
posibilidad de reconstruir el pasado y de en-
mendar en forma definitiva las deficiencias
presentes, digamos a quienes esperan de nos-

otros palabras responsables, la verdad de nuestra tragedia. Así sabrán que nuestra cojez no los habilita para imitarla, menos aún para intentar superarla con la absoluta baldadura. Debemos enseñar a las nuevas generaciones, no el inventario de nuestros aciertos, sino las caídas que han hecho imperfecta nuestra obra personal y, consiguientemente, impedido que ésta aflore con acento redondo en el campo colectivo. Enseñémosles que el sentido social de la Patria no pide la labor aislada de escultores que cincelan figuras por su cuenta para superar al artista del taller vecino, sino una obra metódica y común, animada de un mismo espíritu creador, que tanto lucra con el genio de los unos cuanto con la experiencia que da el fracaso de los otros.

Esa risa sin alegría, esa carcajada continua con que buscamos de hacer olvidadizos nuestra amargura y nuestro recelo, hemos de suplantarla por un acto de meditación serena y profunda acerca de nuestros compromisos con los hombres que nos siguen. Necesitamos, y tú lo

has dicho con precisión, botar los envoltorios de los *temores usureros*, para lograr construir puentes que absuelvan los abismos donde fracasan por falta de amalgama los obreros de un futuro mejor. Y esos puentes han de tener sus bases bien hundidas en la verdad. Necesitamos proclamar ésta sin temor alguno, y, como de lo contrario, hay un afán de verdad, debemos, como tarea inicial, echar a rodar la nuestra. La verdad de nuestra tragedia formativa. El dolor de nuestra propia insuficiencia. Lo inconsistente de nuestra capacidad ductora en los planos de la cultura. Es tiempo de no seguir diciendo a quienes creen en la eficacia de nuestra palabra: ¡Oid con atención, seguid mi ejemplo y tendréis hecho vuestro deber! La lección, si queremos educar las generaciones que habrán de sustituirnos y evitar en ellas la permanencia de los pseudo-mentores, debe ser muy otra. Necesitamos decirles: Nos juntaremos aquí para estudiar: vosotros traéis la voluntad de aprender, yo os enseñaré el dolor de mi camino y os daré la

experiencia de mi angustia, a fin de que os sirvan en vuestra obra personal de abriros mejores sendas. Con saber lo que me falta tendréis buen guión para el trabajo vuestro. Así serviremos a la Patria. Así contribuiremos a saldar la deuda de las generaciones. Así habrá en lo porvenir hombres más densos y con antenas más finas. Así sabrán mañana quienes se forman en nuestras universidades que con las togas y las ínfulas no reciben patente de curso para el ejercicio de la mentira, sino insignias llamadas a señalar a los portadores del buen consejo. Bien lo dices tú: "No es cultura la mentira". Y que se sepa bien que no es cultura sólo el emborronar papeles y mascujar mal aprendidos discursos: cultura es un proceso de búsqueda y superación del hombre, que comienza en el embolador que lustra los zapatos y va hasta el Obispo que absuelve los pecados.

Y que siga, mi querido Nucete-Sardi, nuestro grato dialogar tras la ruta de Ledesma. El va delante, sobre caballo de baquía en es-

tas agrias sendas. Aun sobre tardos jamelgos podemos darnos a la obra de tomar las huellas que marca su herradura. Que Dios te mantenga en tu fe y en tu esperanza. Ya hablaremos en otra ocasión de la caridad. Esta es hoy también virtud en crisis.

M. B. I.

LA VIDA DE LOS HEROES

*M*l buena y generosa amiga: ¡Magnífico regalo el de su carta! La esperaba de largos días. ¡Cómo me complace saber que usted vuelve a sentirse niña a medida que su espíritu se hunde en la ancha sabana guariqueña! Me explico sus deseos de correr; también los siento yo cuando imaginativamente viajo por esas anchuras desde la reducida sala de mis libros. Porque se viaja dentro de los cuartos. ¡Y mire que se va lejos!

Vuelve usted a decirme que considera inútil el símbolo de Ledesma en una hora que reclama acción e insiste en creer que muchos tomarán mi intento sólo como simple afán de historias. Sin embargo, y a manera de consuelo para mi fracaso en el propósito de servir a la urgente gravedad de la hora nacional, me dice que apenas la literatura me agradecerá el aporte de un símbolo más. ¿Y qué otra cosa

quisiera yo, mi buena amiga? No se trataría tampoco de crear un símbolo nuevo sino de despolvar un símbolo olvidado, un valor nuestro que se quedó a la zaga en un recodo de la leyenda y al cual, si es cierto que volvieron algunos escritores, no se ha dado hasta el presente el precio que reclama en nuestra simbología patriótica.

No podría, de otra parte, pretenderse más. Ni imaginará usted que me anime la idea de ver salir a nuestra pobre y explotada gente, sobre caballos cansados, a luchar contra los mercaderes de todo orden que hacen cada día más difícil nuestra vida. Así merezcan ellos que se les quiebre un cuento de varas en la espalda, no es tal lo que se busca con Ledesma. Nada de materialidad. Esas varas, en todo caso, quien pudiera quebrarlas sería la autoridad encargada de la guarda del orden social. Se busca sólo de alentar una idea de fe, un sentido de noble desprendimiento, una conciencia capaz de vencer el miedo de las actitudes solitarias. Sobre todo, un propósito de

ir a la verdad. Un sentimiento de deber y responsabilidad ciudadana. Puede decirse que el mito de Ledesma incorporaría a nuestro ideario común gran porción de las virtudes que nos faltan.

Todo lo que vive en el Quijote lo tenemos a mano en este buen Alonso nuestro. Sin el ámbito del Manchego, el de acá tiene el mérito de haber realizado lo que el otro soñó. Mire usted la diferencia que hay entre ir en alas de la fantasía contra molinos de viento y habérselas, solo y ya sin fuerzas para la lucha, con ingleses que no volvían grupas a los gritos de "¡Santiago, y a ellos!" con que el anciano procuraba entonar sus lentos pulsos. ¡Quijote y de carne y hueso! Antes de aparecer escrita la historia memorable de Quijano el Bueno, nuestro héroe conocía las andanzas por tierras castellanas de aquel su deudo mayor, cuyo nombre y cuyo espíritu trajo a nuestra Patria para fundar larga estirpe de caballeros libres. Medite en nuestro símbolo y verá cómo con incorporarlo a nuestra literatura pa-

triótica tendríamos una fuente de edificación moral y cívica.

Pero crea usted que de su carta, sobre el interés que toda ella merece, en especial el vivo cuadro que me pinta del rodeo a que madrugara con sus buenos huéspedes, nada me ha interesado tanto como la posdata. Cierto que casi siempre se reserva lo mejor para lo último y en materia epistolar se recalca lo de mayor interés después de bien calzada la firma. Quizá de su parte no haya habido segundas intenciones, mas la noticia de su festinado regreso a fin de tomarse el tiempo requerido para el arreglo de un traje negro con que asistir a los funerales de Bolívar, me trae al cálamo pensamientos que prosiguen nuestras viejas conversaciones sobre el Padre de la Patria.

No haga usted eso de vestir negros ropajes en la hora de la apoteosis de Bolívar. Eso estuvo bien que lo hicieran Doña María Antonia y sus deudos cuando el año 31 asistían a las misas por el alma del pariente difunto. Para nosotros Bolívar no figura en la lista de

“los fieles difuntos”. Bolívar no es un difunto. Bolívar es el héroe permanente y ubicuo. Relea usted aquel concepto de Romain Rolland en su obra crítica sobre Beethoven, donde se refiere al *Adaggio assai* de la Tercera Sinfonía. El héroe ha muerto después de la *coda* del Primer Movimiento, “pero en realidad, dice el maestro, nunca estuvo más vivo que ahora. Su espíritu ciérnese sobre el féretro que la humanidad lleva a hombros”. Lo mismo sucede con Bolívar. El está vivo, y si muchos lo miran como muerto, debemos luchar tenazmente contra tal idea. Bolívar murió para aquéllos que quisieron hacerse sus albaceas. Y ha sido durante los largos cien años de nuestra historia republicana, un muerto cuya fama sirvió para dar lustre a todas nuestras deficiencias. Hemos vivido de la gloria de un gran muerto. De un muerto a medio enterrar que, pesia su grandeza, ha despedido un hálito fúnebre en nuestro propio ambiente cívico. Bolívar debe vivir para que no sea un fardo atarácico sobre la voluntad ve-

nezolana. Y ha de vivir en actos nuevos. En gestos de creación. Yo no creo que podamos cerrar con siete llaves, como se pidió para el Cid, el sepulcro de Bolívar. Por lo contrario, creo que no debemos convenir en la segunda muerte de Bolívar. En esa muerte a que ha sido condenado definitivamente por quienes lucran con la evocación de su memoria, a menudo aplicada a cosas que contrarían sus ideales de Libertador. Ni menos aún debemos aceptar que su obra pueda ser sometida a una exégesis calvinista que detenga la parábola de su pensamiento multiforme y dialéctico.

Nuestra Patria ha venido viviendo de la gloria de sus muertos. Hemos sido un país de necrófagos. Nuestros héroes han servido de adormidera cívica para el pueblo engañado. Se les evocó con pinturas de subida ponderación como para embriagar las mentes retardadas. Se ha invertido el propio sentido de la Patria y lejos de ver en ella un panorama de presente y de futuro se ha vuelto siempre la vista hacia atrás para buscarla en el

pasado. En la escuela se sustituyó la cultura de las virtudes ciudadanas por la permanencia de un rito fúnebre. Y los delitos contra los vivos se expiaron por medio de homenajes a los muertos. Se sembraron estatuas a Bolívar a lo largo de los caminos de la Patria, mientras los hombres llamados a ser libres, unos soportaban el peso de los grillos y otros mantenían sobre los labios las duras consignas del silencio. Y muchos hasta llegaron a creer en la posibilidad de fabricarse un "familiar" con reliquias del Padre de la Patria.

Para animar nuestra vida social debemos animar previamente a nuestros héroes. Debemos verlos como símbolos vivos. Como entidades morales que necesitan nuestra energía y nuestra intención de ahora a fin de que sigan viviendo. Son ellos quienes reclaman nuestro esfuerzo. Porque somos nosotros su complemento actual. Los sufragios que harán descansar a nuestros héroes son las obras nuestras en el campo de la dignidad ciudadana. Nuestra gran ofrenda a su memoria es sentir-

nos colectivamente dignos del sacrificio que los llevó a la muerte.

Debemos ver a Bolívar no como a difunto sino como al héroe que renace para el triunfo permanente y cuya apoteosis ahoga la misma voz de la muerte. Debemos tenerle cerca para escuchar sus admoniciones y enseñanzas y así medir nuestro deber de hoy en el campo de la dignidad humana.

Los grandes muertos forman el patrimonio espiritual de los pueblos. Son el alma misma de la nación. Pero no quiere decir ello que saberlos grandes sea suficiente para vivir sin esfuerzos nuestra hora actual. Quizá sea ésta una de las causas fundamentales de nuestro atraso cívico. Hemos considerado que los méritos logrados por nuestros mayores nos permiten vivir sin buscar acrecerlos. Hemos sido los herederos ociosos de la Historia. Y hemos considerado que nuestra misión principal como pueblo consista sólo en pregonar a todos los vientos la gloria de nuestros Padres, sin pensar que los mayores contornos de esa gloria sirven

a hacer más duro el paralelo con nuestra deficiente obra del momento.

Necesitamos a nuestros antepasados en función viva. No en función de difuntos. Necesitamos su ejemplo permanente y no su fama. La fama de Bolívar muerto no es nada ante el ejemplo creador de Bolívar vivo. De Bolívar caminando. De Bolívar trabajando por la dignidad de América. Por ello ni la espada ni el pensamiento de Bolívar son cosa muerta. Bolívar ni siquiera duerme cuando se trata de la vigencia de su obra. Mas, la vigilia de Bolívar reclama, no nuestro deleite de suficiencia ante su gloria, sino la continuidad de nuestro esfuerzo por la Patria. Sirvamos al Bolívar vivo. Al Bolívar eterno, al Bolívar que supo insuflar en nuestra América el espíritu de la libertad y de la dignidad social. Así no sufrirá el dolor de hallar cercados los caminos que él abrió. Porque no debemos olvidarlo: volvieron las cenizas del héroe, mas quedó vigente por mucho años el decreto que lo había expulsado de nuestra Patria. Ausen-

te ha estado su espíritu y sobre los hombros de nuestro pueblo ha gravitado sólo un féretro vacío. Una sombra apenas que ha servido de ropaje para cubrir nuestra deficiencia cívica.

Vista usted de verde, mi buena amiga, para la apoteosis de Bolívar. Tome usted el color de la primavera. El color de la alegría que respiran los vencedores de la muerte. Crea usted que en Santa Marta no murió el Padre de la Patria. Moriría Simón Bolívar Palacios, el hermano de Juan Vicente y de María Antonia. El otro tuvo su tránsito hacia la gloria de los tiempos, donde no hay muertos, donde viven los héroes. Y de verde debe vestir también nuestra Patria, llena del espíritu helénico de la libertad, que hace posible el retorno de los héroes antiguos.

Al regresar usted tendré ya listos los apuntes sobre historia colonial que me demanda para satisfacer la curiosidad de su amiga anticuaria. Mas, adelante usted a ella que no crea a pie juntillas en la fraseología de esos seño-

res. El barroco es cosa muy seria. Para entenderlo se requiere algo más que retablos y pilares. Hay que sentirlo al través de las propias instituciones sociales de la colonia y de los residuos de cultura viva que obran en nosotros, sin que esto empezca para que se pondere el mérito de quienes procuran defender los restos artísticos que lograron salvarse de los negociantes sin conciencia nacional.

Llegue usted en breve y me dará, junto con el placer de saludarla, el muy singular de escuchar de sus labios el relato de esa vida salvaje y tónica que se abulta en su carta, tan bien escrita y tan exquisitamente sentida. Y crea que pido al Señor quiera mantenerla en su guarda y darme a mí salud para estar siempre presto a bien servirla.

M. B. I.

LA CRISIS DE LA CARIDAD

*Q*UERIDO José Nucete-Sardi: En nuestra última charla acerca del significado educativo del mito de Alonso Andrea de Ledesma llegamos hasta enunciar el estado de crisis en que se encuentra hoy día la misma caridad. Fué éste el tema que esperamos tratara exhaustivamente en su primera conferencia José Antonio Aguirre, cuando su reciente estada en nuestra capital. Todo el dolor y toda la sinrazón de la guerra la hace arrancar el ilustre Presidente vasco de la falta de caridad entre los hombres. Falta de caridad. Es decir, falta de amor. Falta de amistad, que es la expresión, en función social, del afecto humano.

Hay en realidad una crisis absoluta de la caridad. Negarlo sería tanto como negar la luz solar. Pero la vemos y reímos de ella. Nuestra misma carencia de conceptos genera-

les hace que muchos tengan de la caridad una imagen usurera de monedas que caen sobre manos suplicantes. Conocí un caballero— ¡cuántos de sus iguales habrás conocido tú!— que, aun dándose el lujo de poseer un cementerio privado para aquellas personas a quienes solía precipitar la despedida de este pícaro mundo, era calificado comúnmente como hombre de “gran caridad”, en gracia a la costumbre de distribuir, con su mucho de ostentación interesada, exiguos dineros entre familias pobres del poblado. La caridad no ha pasado de eso: repartir algo de lo que sobra de la mesa opulenta, así en ella se haya sacrificado una fortuna que bien pudiera hacer la dicha de un barrio y así se haya olvidado para amasarla el dolor de los hombres que, con su trabajo, ayudaron a quienes la gozan sin medida. ¡Y que hablen los puentes de Caracas!

Mas, no se trata de la crisis de esta caridad d'adivosa y fungible, no se trata de lo que duela a los tenedores del dinero ponerlo en manos de los hombres hambrientos y necesita-

dos. Porque tampoco es caridad esa profesión elegante de regalar, en busca de aplausos y de fama, abrigos por Navidad a niños cuyos padres han sufrido trescientos días de abandono e indiferencia de aquéllos que están encargados de distribuir los beneficios sociales. Caridad es otra cosa. Caridad es algo más que fundar "sopas" para ganar concepto de gente desprendida y filantrópica. Caridad es algo más que ese salvoconducto que, a costa de cortos dineros, procuran lucir ante la sociedad pacata quienes se sienten responsables por actos tenebrosos. Caridad es nada menos que lo contrario del odio. Caridad es amor. Caridad es Cristo frente a Barrabás. La caridad es Dios mismo en función social. La caridad es ese amor que mueve, según Dante, "il sol e l'altre stelle". Pozo de alegría permanente. Expresión de la Divinidad que gobierna el universo. Ella barre toda tristeza. El soplo suyo es para tornar risueños los rostros de aquellos "ángeles tristes" con quienes dice ha-

ber hablado Swedemborg. ¡Amor de caridad!

Para los que creemos en el espíritu, ella es fuerza que anima y enrumba la marcha de la sociedad. Es la virtud antimarxista por excelencia. Es el solo aglutinante social que puede evitar la crisis definitiva de la civilización. No se puede negar, sin craso yerro, que el único muro capaz de detener los aires embravecidos de la catástrofe social sea la caridad, por la simplísima razón de deberse a su ausencia de los presupuestos sociales la copia de injusticias que engendran y justifican el odio de los desafortunados, donde toman aliento los huracanes que hacen crujir los pilares de la sociedad.

Virtud antimarxista que no ejercitan ni piensan ejercitar los profesionales del antimarxismo. En apariencia una paradoja. Pero hay que ver cómo una gran mayoría de quienes atacan las fórmulas de Marx son esencialmente marxistas equivocados. Ignoran el espíritu como fuerza de creación social y profesan, en

cambio, el odio como elemento constructivo. Profesan el odio, así como lo escribo, porque no otra fuerza puede moverlos a servir al orden permanente de la injusticia. Y la injusticia es violencia contra la caridad. Su odio se distingue del odio que anima las revoluciones, en que es mudo, reflexivo, de meditado cálculo, frío como el carcelero que remacha los grilletes, mientras el otro es odio de reacción contra el dolor, odio que grita contra la injusticia, odio de la calle. El uno tiene prudencia y lustre, el otro tiene sudor y angustia. Pero ambos son odio.

Quien ama, en cambio, ve en el hombre a su igual, y como a igual lo trata y como a igual le sirve y le protege. Nuestros profesionales del antimarxismo no ven la esencia, no juzgan el balance moral de las doctrinas: poco les importaría la dialéctica materialista si ésta no desembocara, como expresión económica, en fórmulas contra el sistema capitalista que les favorece. ¡Allá los problemas del espíritu! Defienden sólo lo de fuera. Protegen la estruc-

tura que les garantiza el disfrute impune de los goces del mundo. Y como son de una impudicia vergonzosa, pretenden atacar, aún con las peores de las armas reservadas para las oscuras asechanzas, a quienes piden desde la más honesta de las posiciones sociales que el orden económico se acerque a los reclamos de la caridad. Es decir, a los reclamos de un sistema fundado en el amor y en la comprensión de los hombres. No en la caridad de las piltrafas. No en la caridad de repartir lo que sobre. Sistemas falsos que sirven a rebajar la propia dignidad de los hombres que reciben los mendrugos. Es caridad de comprensión. Caridad de entregar lo que abunda a quienes lo necesitan. Caridad que escucha aquel consejo sapientísimo de Santo Tomás, según el cual no debemos gozar las cosas exteriores solo *ut proprias, sed ut communes*. Caridad de vernos en el espíritu de los demás. Caridad que ilumine los caminos de los hombres. Amor activo que Robert Browning expresó con tanta propiedad en sus versos de *Pascua y Navidad*,

al decir que mayor sentido de divinidad existirá en el gusano vil que ama su terrón que en un Dios sin amor entre sus mundos.

Sí, mayor divinidad, mayor sentido de plenitud espiritual existe entre quienes comparten su pan y su palabra insuficientes, que entre los sordos caballeros de añejo lustre mas de sobrada prosa que, pudiendo servir a manos llenas, regatean y acaparan la justicia y el consejo. Porque la caridad es sentido de solidaridad y afán de distribuir. Distribuir ora cosas materiales, ora palabras útiles. Porque son monedas las palabras cuando se las ha puesto sentido creador. Cuando marcan rumbos. Cuando no destruyen. Y, sobre todo, caridad es respetar el fuero de la personalidad vecina.

Acabo de tropezar con una maestra de escuela, de profunda religiosidad y de empeño indesviable por la salvación de las almas. Ha hecho un "cepillo" para reunir entre sus alumnos fondos destinados a proteger las misiones entre infieles. Creo que se trata de sostener un colegio en China. Los niños se desviven por

lograr monedas para tan piadosa empresa. Y, sin embargo, he escuchado a esta caritativa redentora de almas lejanas mientras llenaba de improperios, capaces de crear el más irreductible de los complejos, a un alumno retardado a quien se dificultaba la comprensión de un problema de aritmética. Y por ahí anda la caridad en crisis. Se busca el gesto que atraiga la admiración irreflexiva y se olvida el deber cercano. Porque la caridad comienza por cumplir lo menudo, lo casi invisible de la vida cotidiana. Ella, como nexo que une a los individuos, es a la sociedad lo que las cargas eléctricas a los electrones que integran la estructura infinitesimal de la materia. Sin caridad no hay cohesión. Sin caridad prospera la guerra. Justamente es ella lo que Marx olvidó para animar el comunismo que al final de la lucha de clases reprimiría la violencia. Es la "dificultad" cuyo remedio Laski apunta como no señalado por el fundador.

Crisis de la caridad es tanto como crisis del espíritu social. Como crisis de nuestra propia

cultura cristiana. A causa de ella se abren ancho cauce los sistemas que propugnan la reforma violenta del mundo como un mero problema económico. Ella, la caridad, ha faltado del orden presente, del mundo materialista, epicúreo y lleno de egoismo que pretenden defender, con principios sin contenido, los marxistas equivocados. Ellos pudieran enterrarse por sí mismos, y nos tendría sin cuidado; ellos podrían ir al suicidio de su sistema y de su clase, y nos vendría hasta bien; mas lo trágico del caso es que ellos se empeñan en arrastrarnos en su fracaso. Aspiran a que sacrifiquemos el porvenir de la cultura en aras de sus intereses caducos. Quieren que el espíritu preste sus fórmulas para defender sus instintos. Buscan de dar apariencia cristiana a un orden sin caridad que es la negación del cristianismo. Y la crisis llega al punto de lograr que se abran sacristías fáciles donde consiguen imágenes del Crucificado con que fingir intenciones sobre las puertas de sus tiendas farisai-cas. Y Cristo, el Cristo de la caridad inaca-

bable, sube un nuevo calvario para proteger a estos marxistas equivocados. Y de ahí las alianzas y contraalianzas que hacen aparecer a predicadores de la caridad como cómplices del crimen. De ahí que la misma guerra luzca tintes de cruzada y que el pueblo confundido rompa los Crucificados al desbaratar las tiendas que se ponen bajo su guarda.

Y hay crisis de caridad porque hay crisis de espiritualidad. Todo se valora sobre las mesas de los prestamistas. No tienen curso sino los papeles susceptibles de redescuento. Toda una cultura fundamentada en el hecho económico. Cultura cuyo espaldarazo se recibe en los bancos y en las bolsas comerciales. Cultura de éxitos grabados en las letras de cambio. Cultura de diagnosis materialista que se empeña en ser confundida con la cultura cristiana. Cristo no tiene nada que hacer con quienes le niegan en el corazón, así carguen su nombre colgado de los labios.

Ledesma no hubiera quebrado una lanza por la permanencia de estos sistemas utilitarios

y egoístas. Vió en el pirata, sobre el amenazador de la riqueza, el hereje que pudiera atentar contra la paz y la plenitud espiritual de la cristiandad colonial. Eran profundas y por demás agrias las disidencias entre el inglés y España. En aquel siglo de aspereza religiosa se entendía debatir, con la finalidad económica de la piratería, un problema de libertad de conciencia. Un problema de fe. Un caso moral de vida o muerte eterna. Para Ledesma, Amias Preston era un disfraz del Anticristo. Era lo que para todos debiera ser Adolfo Hitler. Pero cata cómo nuestros profesionales del antimarxismo sólo miran el problema con sus antiparras económicas, sin parar mientes en la profunda diferencia de las culturas. Por ello, y esto sirve de causa al disimulo culpable, el orden de caridad que anule las prédicas marxistas, ha de destruir previa y fundamentalmente el orden viejo de la sociedad y supondría, según el admirable juicio de Maritain, que “un día la gente haya comenzado a apartarse

del presente y, en cierto sentido, a desaparecer de él”.

Sólo la caridad puede transformar el presente y preparar la mañanera aparición de la justicia. Y en el fondo de la mañana, sobre la llanura verde y alongada, la figura de nuestro iluminado luciría como un símbolo de la fecundidad de la justicia y de la libertad. Su caballo es capaz, aunque se nos haya dicho en burla, de conducir a fórmulas idóneas para atar las manos que buscan de amasar fortunas con la escasez que nos angustia. De mí que se rían. Ya estoy curtido para las burlas. Desde la puerta de mi casa veo, sin embargo, el regreso de los entierros.

Que siempre tengas enjaezado tu jamelgo para poder disponer de él con la premura con que sabían hacerlo aquellos vigilantes caballeros que, a fin de ganar tiempo, solían pararlos, bien arreados, en los mismos aposentos donde dormían con sus mujeres.

M. B. I.

EL RETORNO DE BOLIVAR

ALONSO Andrea de Ledesma que, caballero en el cansado corcel de la conquista y con la sola ayuda de la lanza enmohecida y de la rodela que su brazo ya no puede sostener, sale en defensa de la ciudad contra el pirata que la asalta, se yergue entre los más antiguos héroes que han regado su sangre por mantener la integridad del suelo nacional; y cuando el concepto de la Patria total sustituya la fragmentaria noción que de ella nos presentan las historias populares, en el monumento que perpetúe la memoria de sus fundadores, un nítido bajo relieve habrá de mantener vivo el recuerdo de este héroe solitario. Tal escribíamos por 1933 al estudiar la formación de las capas sociales de la colonia. En Ledesma vimos la expresión del esfuerzo afirmativo de la Patria nueva que echaban a andar en estas tierras anchas del

nuevo mundo los aventureros españoles. Patria nueva, cuyo espíritu arrancaba de la península para crecer independiente. Patria que fundiría, para la formación de la nueva nacionalidad, el alma arisca del aborígen y el alma sufrida del negro, llegado a nuestras playas con el grillete al pie y la protesta en el fondo de la callada conciencia, con el alma histórica del peninsular altanero y dominador. De ahí nuestra tragedia formativa: un pueblo con cultura propia sumado a tribus sin sedimentación histórica y a masas de hombres arrancados, como bestias salvajes, de su lejano marco geográfico. Mas, luchando contra los prejuicios y guiado de no desmentido sentimiento igualitario, el ibero preparó este caos de América, donde vuelve a correr, unificada para un nuevo génesis del mundo, la sangre que fué una en las venas de Adán. La sangre de la humanidad. La sangre del hombre vencedor de las razas. Porque América es el continente llamado a desvirtuar aquel decir de Goethe, según el cual la humanidad es un concepto vano

y el mundo sólo una reunión de hombres. Porque América es el continente donde se salvará el espíritu.

Y nosotros fuimos la voz de América. Un destino oculto preparó en esta colonia pobre la gestación de los más grandes valores americanos de los Siglos XVIII y XIX: Miranda, Bolívar y Bello. Circunstancias de defensa hicieron que en Venezuela hubiese una organización militar superior a la existente en las otras porciones del Imperio ultramarino de España. Y por eso desde aquí se habló más alto y desde aquí se dirigieron las líneas fundamentales de la Revolución. Fuimos la voz de América. Hacia Caracas, como hacia una nueva Jerusalem, volvieron las miradas y los oídos los pueblos del hemisferio colombino. Aquí se gestó el gran choque de los tiempos. El pasado de la Colonia frente al porvenir de la República. Aquí se escuchó por vez primera el verbo creador de Bolívar. Mas, el valle de Caracas era muy poca cosa para aquella voz de fuego. Y se marchó lejos, a medirla con el Tequendama

y con el rugido de los volcanes ecuatorianos y con el silbo de los vientos del altiplano andino.

Bolívar se fué, y la Colonia que había sobrevivido desde el año 14 hasta hasta el 21, la Colonia que había llorado la muerte de Boves y que en "La Guía" celebró a Morillo y con Moxó levantó empréstitos para ahogar la Revolución, reaparece con nuevos vestidos para rodear a Páez. El Centauro invencible en la llanura ya tiene quien lo dome. En torno suyo, como círculo de hierro llamado a perpetuarse en nuestra vida política, se reúnen los hombres "honrados" que apenas se habían atrevido a ver desde las puertas entreabiertas la marcha de la Revolución. Son los hombres del absolutismo fernandino, con las lenguas curtidas de calificar de locos e impostores a los Padres de la Patria. Y Caracas, la cuna de la libertad, se torna abiertamente en centro contrarrevolucionario. Desde su ciudad natal se empieza a atacar al Héroe en quien se polariza el odio de los que añoran, con sincero afecto y

despechados, las juras de Fernando VII. El año 27 Bolívar torna a su solar nativo. Pero ya está sembrada y frutecida la discordia, y es él quien ha de quebrar los principios para buscar en balde el equilibrio de Colombia. No es comprendido en sus propósitos y afanes, y cuando regresa a Bogotá, donde ahora se guardan los penates de la Revolución, ha de encarar con una manera contraria de enemigos. Se le niega en su propio amor a la libertad. Se le calumnia en sus propósitos de salvar la recia unidad política que fué el más grande de sus sueños de creador. Y mientras allá las Furias desencadenadas afilan los puñales parricidas, de acá se le echa como a proscrito de un gran crimen. Es la tragedia del héroe. Es el momento culminante de su gloria. Muere, y su espíritu queda fuera de la Patria. Sus ideales desplacen a los directores de la política. Hombres cómodos y rencorosos que no perdonan los sinsabores que les había ocasionado aquella lucha feroz alimentada por Bolívar y, menos aún, las pérdidas sufridas en

sus bienes materiales. Hombres dispuestos a retener el poder a todo evento y a quienes sólo calzan bien las ideas que el Libertador expresó como antídoto de la demagogia, cuando imaginó que ésta pudiera hacer presa de Colombia la grande. La triaca amarga que Bolívar indicara como medio transitorio para curar el mal de la anarquía, se quiso ver como el corazón permanente de su filosofía política. Y el hombre de la libertad fué tomado por tutor de tiranos. ¡Y el nombre de quien libertó pueblos se usó como escudo por aquéllos que negaron los derechos del pueblo!

Después de cien largos años de exilio, Bolívar reclama su puesto en nuestra Patria. No un puesto en el panteón, como difunto venerable; ni sitio en el museo para sus armas e indumento; ni cuadros entallados para su figura inquietante. Tampoco quiere la heroicidad de las estatuas. Pide su sitio en la vida cotidiana. Pide campo donde crezcan sus ideas. Pide horizontes para sus pensamientos deslimitados. Quiere una conciencia fresca en

la gente moza. Aspira a que los hombres nuevos sean capaces, como lo fué él, por sobre todo y sobre todos, de volar la pierna al viejo caballo de Ledesma cuando se anuncie la hora de los peligros. Quiere hombres sin miedo a la verdad. Quiere en las nuevas promociones un sentido de inteligencia social que haga posible la realización de sus ideas de libertad y de dignidad humana.

Cuando Alonso Andrea de Ledesma sacrificó su vida en aras de la Patria nueva, creó la caballería de la libertad cuyo máximo representante habría de ser Simón Bolívar. Por eso, en estas horas difíciles de la Patria, hemos invocado como símbolo de creación el caballo del viejo extremeño. El caballo que conoce los caminos por donde se va a la misma dignidad de la muerte. Ledesma representa todo el sentido de la Patria recién formada. De la Patria que empezaba a caminar. De la Patria urgida de voluntades que la sirvan sin pensar en la vecina recompensa. Y representa, sobre todo, al hombre sin miedo. Al hombre que se

abre camino sin rendir homenaje a la prudencia. Al hombre que sabe romper las consignas culpables del silencio. Al hombre que no teme la soledad de sí mismo. Al hombre que por sí solo es un tratado de agonística.

Sobre el caballo de Ledesma, por cuyas venas corre sangre del Pegaso, de Lampo, de Rocinante y de Babieca, se han ganado las grandes jornadas de los pueblos. No sólo tiene mérito el caballo capaz de la victoria entre el ruido de las metrallas, pero también el caballo pausado, a cuyo lomo manso viajan los filósofos. Es el de Ledesma caballo baquiano de los caminos que conducen a la verdad, a la justicia y al desinterés. Tres virtudes que no han hallado verbo que las vuelva a conjugar en nuestra Patria.

Honores de mármol pide de la gratitud municipal el viejo iluminado que intentó con su muerte defender a la ciudad de las huestes del pirata. Es el mayor de los optimates que ilustran los anales de Caracas. ¡Y bien que lucirían, a la mera entrada de la urbe, corcel

y caballero como binomio de dignidad y valentía! Mas, sobre el mérito de esta consagración definitiva en la vida del pueblo, el caballo de Ledesma pide con urgencia caballeros que lo monten. Pide nuevas manos que guíen las bridas baldías. Pide hombres de fe en los valores del espíritu a quienes conducir, luciendo sus mejores caballerías, hacia los senderos por donde pueda regresar Bolívar vivo. ¡Bolívar vivo, portador en la diestra de antorcha con que se despabilen nuestro sueño y nuestra inercia!...

Febrero-Noviembre de 1942.

El 8 de diciembre de 1942 se terminó la impresión de esta obra en los talleres de la Editorial Elite, de Caracas, Venezuela.

